

LA ODISEA DE LA MAESTRA MILAGROS

© Eduardo Otálora Marulanda, 2022

© Ilustraciones de portada e interiores: Paola Acevedo, 2022

© Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

www.planetalector.com.co

© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8 piso, Providencia,

Santiago de Chile

www.planetadelibros.cl

Primera edición en Colombia: septiembre de 2023

Primera edición en Chile: enero de 2025

ISBN: 978-956-6198-93-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

LA ODISEA DE LA MAESTRA MILAGROS

Eduardo Otálora Marulanda

ILUSTRACIONES DE **Paola Acevedo**

Para Salvador, quien desde
bebé devora libros grandes.

CANTO I

LA RECTORA LLAMA A SU OFICINA A LA MAESTRA MILAGROS

La maestra Milagros estaba sentada en uno de los sofás de la sala de profesores. Apretaba entre las manos su taza con café caliente y humeante. Hacía mucho frío. Era de las mañanas en que el patio y la cancha de fútbol se cubrían de neblina, como si las nubes bajaran del cielo a dormir una siesta sobre el prado.

El colegio estaba en un silencio atípico, porque los niños todavía no entraban de vacaciones. Era la semana antes de empezar las clases, esa en que los profesores se reúnen para ajustar los programas de cada materia.

La maestra Milagros llegó temprano porque le gustaba madrugar y le daba vergüenza llegar tarde. Entonces estuvo sola un buen rato. Pensaba en el nuevo año que iba a empezar, imaginaba las sorpresas que traería.

Fue un momento al baño y se miró en el espejo. Le gustó cómo se le veía la cinta roja que le amarraba el pelo en una cola de caballo. No sabía muy bien por qué, pero hacía que resaltara el brillo de sus ojos negros y que se le vieran más largas las pestañas. Además, combinaba con el estampado de flores de su falda.

Desde pequeña a la maestra Milagros le daban nervios los primeros días de cualquier cosa: del colegio, de la universidad, del trabajo, de ir al gimnasio o de visitar a su familia en España. Le daban nervios porque, en el fondo, le tenía miedo a lo nuevo.

Pero también los primeros días la emocionaban, porque sabía que lo nuevo, aunque desconocido, siempre venía con sorpresas. Y a la maestra Milagros le encantaban las sorpresas. Le producían esas cosquillas en la panza que dan cuando uno tiene como palabras con alas, que quieren salir volando.

De repente llegó un grupo de profesores conversando. Eran los de Educación Física, que siempre se contaban chistes y se reían. El más bajito, que curiosamente era el de básquetbol, se sirvió un café y fue a saludarla. Luego, como un aguacero, le cayó con mil preguntas: que cómo le había ido en vacaciones, que si viajó a España, que si tenía ganas de empezar clases, que si ya vio cómo quedó de bonito el coliseo con el nuevo piso. La maestra Milagros a duras penas logró responder en medio del alboroto que se formaba a su alrededor, porque los otros profesores se unieron y empezaron a preguntar y a responder y a reírse. Eran como un huracán de carcajadas.

Lo único que los detuvo fue el sonido del timbre, que coincidió con la entrada de la rectora. Usaba el mismo vestido aburrido de siempre, con falda más abajo de la rodilla, chaqueta con botones grandes y de ese color café, como oxidado, que la hacía ver todavía más seria. Saludó con cordialidad e invitó a que los profesores tomaran su lugar para empezar la primera reunión

del día. Luego, advirtió, se reuniría con cada uno para hacer sugerencias sobre las clases.

La maestra Milagros se sentó al lado de la ventana, en el lugar que más le gustaba, desde donde alcanzaba a ver la cancha de fútbol y, más allá, los árboles que servían de cercado al colegio.

La reunión fue rápida y concreta. La rectora habló sobre algunas generalidades del año escolar que estaba por empezar, presentó a los nuevos profesores, dio indicaciones sobre la asignación de casilleros y les deseó a todos que tuvieran un año muy productivo. Entonces se levantó y se dirigió a su oficina, a las citas individuales con los profesores. Mientras tanto, los maestros de cada área se reunieron y compartieron los planes para el nuevo año, buscando que las materias pudieran complementarse entre sí.

Llegó el turno de la maestra Milagros. La rectora estaba sentada tras su enorme escritorio y tenía frente a ella el programa de la clase de Lenguaje para el tercero básico. La maestra

Milagros lo trabajó durante todas las vacaciones y lo envió por correo electrónico la noche anterior. Se sentía muy satisfecha porque proponía una gran variedad de actividades en que aprenderían a partir de juegos.

—Muy imaginativo su programa, señorita Milagros... Muy imaginativo —dijo la rectora como releendo.

—Me esforcé en que todo fuera divertido y que, a la vez, enseñara. Es que no quería desaprovechar la experiencia del año pasado con el Quijote.

—Justamente de eso quería hablarle —interrumpió la rectora.

A la maestra Milagros se le congeló por un segundo la sangre. Temió que la rectora le dijera que estaba loca, que no más de esas clases divertidas en que los niños aprenden riéndose, que dejara de comportarse ella también como una niña. Pero no fue así.

—Creo que debemos seguir con el experimento
—continuó la rectora—. ¿Qué le parece si este año trabajamos otro de los clásicos?

—Pues... —respondió dubitativa la maestra Milagros—. Pues...

La idea le encantaba, pero no la tenía entre sus planes y nada de eso estaba en el programa que la rectora sostenía en las manos.

—¿Cómo le suena si este año los nuevos niños de tercero estudian lenguaje leyendo... la *Odisea*?
¿Qué le parece?

La maestra Milagros no supo qué responder. Primero, nunca imaginó que la rectora se entusiasmará tanto con sus ideas y, segundo, no tenía nada planeado con la *Odisea*. La leyó en la universidad y recordaba que era una historia con muchas aventuras, lo que podía funcionar, pero no tenía nada más en mente.

—¿Que qué le parece, señorita Milagros?
—insistió la rectora.

—Perdón, es que me quedé pensando y... Sí.
Creo que me parece una buena idea —respondió
la maestra Milagros sin mucho convencimiento.

—Entonces, no se diga más —sentenció la
rectora—. Este año los niños de tercero A van a
leer la *Odisea*.

CANTO II

LA NOCHE QUE LA MAESTRA MILAGROS EMPEZÓ SU ODISEA

Por supuesto, lo primero que hizo la maestra Milagros cuando llegó a su casa esa tarde fue ir a la biblioteca y sacar la *Odisea*. Era una edición de renglones apretados, márgenes estrechos y letra pequeña. Estaba repleta de subrayados, anotaciones y un montón de *post-its* de colores con citas. Se sorprendió al ver todo eso porque no recordaba que la hubiera leído con tanta atención.

Se sentó en su silla favorita, la que estaba al lado de la ventana y junto a una mesita amarilla llena de macetas con suculentas diminutas. Empezó a ojear el libro y fue como si se metiera en un túnel del tiempo. Se vio llegando a la universidad en primer semestre con la emoción de ser una estudiante de Literatura, lo que para ella significaba poder dedicarse a lo que más amaba: leer y escribir.